

* EL * DIA * DE * MODA *

JUEVES 13 OCTUBRE 1892



Baltasar, 3 años, Madrid.

Fermín Quintero Soto, 4 y $\frac{1}{2}$ años Madrid.

Pepita Fernandez, 2 años, Barcelona.

Gregorio Quintero Soto, 3 y $\frac{1}{2}$ años, Cáceres.

Sebastián Casals, 3 y medio años, Vigo.

Robustiano Sanchez Vazquez, 3 y $\frac{1}{2}$ años, Lugo.

Federico Casals, 4 años, Vigo.

Andrés Jimenez, 3 años, Madrid.

María, 5 años, Vigo.

Isidora, 4 años, Vigo.

Ernestina Ballinos, 4 y $\frac{1}{2}$ años, Barcelona.

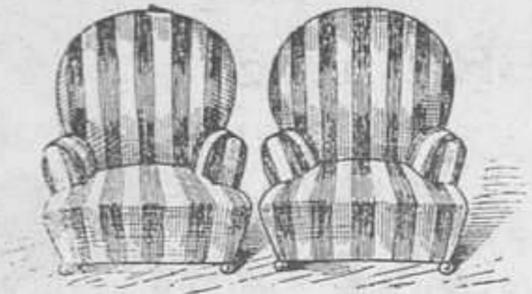
Conchita, 3 años, Barcelona.

Mercedes, 5 años, Valladolid.

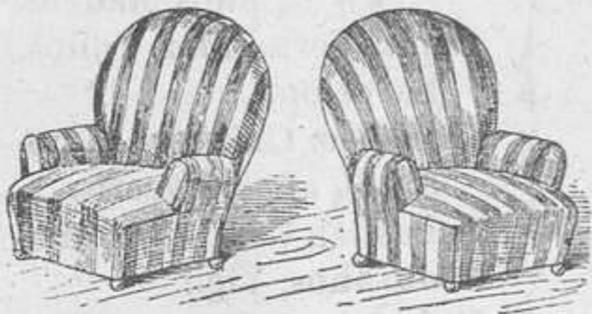
Alfredo Pajarca, 2 años y medio, Madrid.



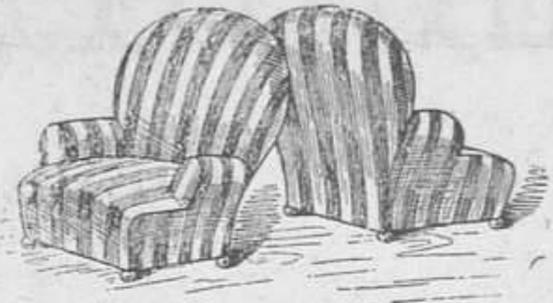
Amor de tapicería



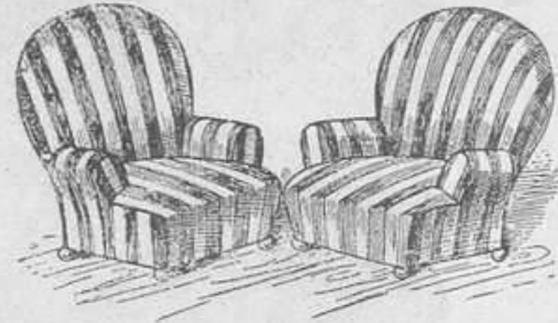
Ella y él eran hermosos. Su piel de reluciente raso, sus bien modelados brazos los enloquecían mutuamente, sin que por esto se atreviesen á decir «esta boca es mía».—**Pelayo, 8**



Pero un dia que la señora y su primo se sentaron sobre ellos la sillona se avergonzó al oír ciertas frases cariñosas y el sillón guiñó maliciosamente una raya — **Pelayo, 8.**



Poquito á poco él fué declarándola su voraz pasión; pero ella que quería y no quería, se sonrojaba y hasta solía enfadarse.—**Pelayo, 8.**



Lo cual, que al fin y al cabo, acabaron por ser modelo de amantes cariñosos. ¿Y cómo nó? si ambos habían sido confeccionados en **LA SUECIA, 8, PELAYO, 8,** (próximo á la Universidad),

DONDE SE VENDEN

Muebles de todas clases. Construcción sólida y elegante. Precios económicos.

500.000
francos para realizar en géneros de recreo, adorno y utilidad, procedentes de la Sucursal de la casa

A. DEBROSSE
Rambla del Centro, número 37, frente al Teatro Principal.

✦ ✦ ✦ ✦ ✦
VISITADLA

Cantares

No he visto cosa más rara:
Te la comí ayer á besos
y hoy tienes la misma cara!

—
Cuando se iba á casar
¡con qué cinismo llevaba
la corona de azahar!

—
Entré la otra tarde
en un cementerio
y, al verme, un cadaver me dijo ense-
¡Adiós, compañero! guida

—
Toditas las noches
yo sueño contigo,
y por las mañanas, cuando me levanto
me acuerdo... y me río.

—
Cuando por mi lado
la veo pasar
se nublan mis ojos, y mi alma por verla
se marcha detrás.

F. CABAÑAS VENTURA



SE PUBLICA LOS JUEVES

Director
Julio Víctor Toméy

Redacción y Administración
Aribau, núm. 13, bajos

EL GOMOSO DE ALDEA, por Tur



—Porque es lo que yo digo. Al ir á esas grandes fiestas de Barcelona debo presentarme elegante. Con estos zuecos un poco recompuestos y con el pantalón de pana, cualquiera me tose. Dará gusto verme en los salones.



LO DE ESTOS DIAS

Sábado, 8 de Octubre.



TERRIBLE *juerga* de campanas, ejecutando cada cual la composición más de su agrado. Carreras en el Velódromo, dedicadas á la mejora de las piernas de la raza *sportments*.

Barahunda por 800 músicos y orfeonistas. Ensayo de un telégrafo óptico en la torre de la Catedral para comunicarse directamente con el cielo.

Domingo, 9.

Diana *despertadora*. Me paga mi editor y yo pago al casero. (*Grand succès*). No comienza mal el día. Música y trapos por todas partes. Pantomima, rejoneadores, lidia de toros y picadores rotos, en la plaza. Todo en honor á Colón, á pesar de lo cual no se tuvo la galantería de invitarle. Gran *maremagnun* en el paseo de Colón, donde los obreros se niegan á seguir trabajando *tan sólo* por que no les pagan.

Cabalgata anunciadora artístico-cursi. Representaciones de la prensa, por medio de un bombo; del infierno por medio del azufre; de la belleza, por varias ninfas apetecibles y del estado financiero de la nación, por medio de un *cuarto* que se eleva sobre un carro á gran altura.

Inmensas apreturas. Un caballero da dos palos, primero uno, á un joven que quiere ver la hora en su reloj. Una

cocotte se desploma sobre un *primo*. Extravíanse, un marido un portamonedas y una galguita inglesa.

Lunes, 10.

Batalla de flores más cursi que la cabalgata, pero también más pobre. Exhibición de todas las mujeres bellas de Barcelona y de todos los perfumes conocidos. Véanse muchas Margaritas, Hortensias, Rosas, Floras, etc. repartiendo sonrisas y arrojando nardos, yerbas y dalias á muchos *lilas*. Una señorita, no teniendo flores á mano, regala á su prometido unas soberbias *calabazas*. Un sabio lanza sus laureles á un concejal, que los guarda para entregárselos á su cocinera. Un maestro de escuela suspira al presenciar esto. Un vate arroja á un coche todos sus pensamientos, que se deshacen al caer, de puro ajados. Grandiosa silba á la comisión organizadora, que se queda tan tranquila. Sablazos en la calle Fernando, dados por los del orden y otros.

Fuegos artificiales en el paseo de San Juan. Algunos individuos cogen *chispas* al uso de Turquía. El gran petardo lo recibe en pleno corazón una agraciada joven á quien han hecho saber que su amante está casado por la Iglesia y por lo civil.

Soberbia serenata en obsequio á una matrona que contrae matrimonio por cuarta vez. Los instrumentistas tan sólo hacen uso del cencerro.

Martes, 11.

Misa de campaña al pie del monumento de Colón, á la que asiste la guarnición entera. Varios devotos se quejan del poco comedimiento de los caballos de los escuadrones, y de algunas militaresas que durante el oficio divino dan muestras de impaciencia se y espantan las moscas con la cola, lo mismo que si estuviesen en su casa.

La mar de inauguraciones.

¡Gran dato para la historia! Un tabernero de la calle del Hospital exhibe en

su tienda al inmortal genovés en la parte superior de un nacimiento, designando con un dedo á los pastores el sitio á donde han de acudir para adorar al niño Dios. ¡Y hasta ahora que estábamos creídos que había sido una estrella! Hay quien prepara un tomo voluminoso, titulado: *Colón lucero resplandeciente*.

Miércoles. 12.

Pueden mis queridos lectores leer los periódicos diarios que gusten, seguros

de que ellos dirán todo lo que ocurrió este día.

Porque yo, aunque mal me esté decirlo, tengo que entregar esto en la imprenta el martes por la noche.

JULIO VICTOR TOMEY.



PARTÍCULAS

Alejada de vanas tentaciones
has mantenido tu pudor ileso,
pues al pedirte un beso en ocasiones
tú siempre me has reñido con exceso
y no sabes, mi bien, que un casto beso
enlaza más y más los corazones...

De tu hastío, me río
aunque diz lo motivan desengaños...
¿Tú hastiada de la vida?... ¡No me fío!
porque dime: ¿el hastío
es posible que exista á los quince años?

Ya te voy conociendo, Rosalía,
porque he visto que á veces
cuanto más me acaricias, más me odias;
cuanto más me desprecias, más me quieres...

¡En tu rostro ideal y peregrino
tal encanto se encierra
que juro no decir un desatino...
¡Tú bajaste á la tierra
impulsada por hálito divino!...

¡Al sentir de tu amor la intensa llama
comencé á padecer, prenda querida,
y hoy que conozco del amor la trama
he llegado á pensar, que cuando se ama
es cuando empieza en realidad la vida!

¡Mira si soy celoso, Rosalía,
que cuando veo que á tu madre besas
...si tuviera un puñal, la mataría!...

¡No me vengas Dolores, con amaños,
para ofrecerme efímeros placeres,
porque aunque tengo yo muy pocos años
...he sufrido ya tantos desengaños,
que no quiero más trato con mujeres!...

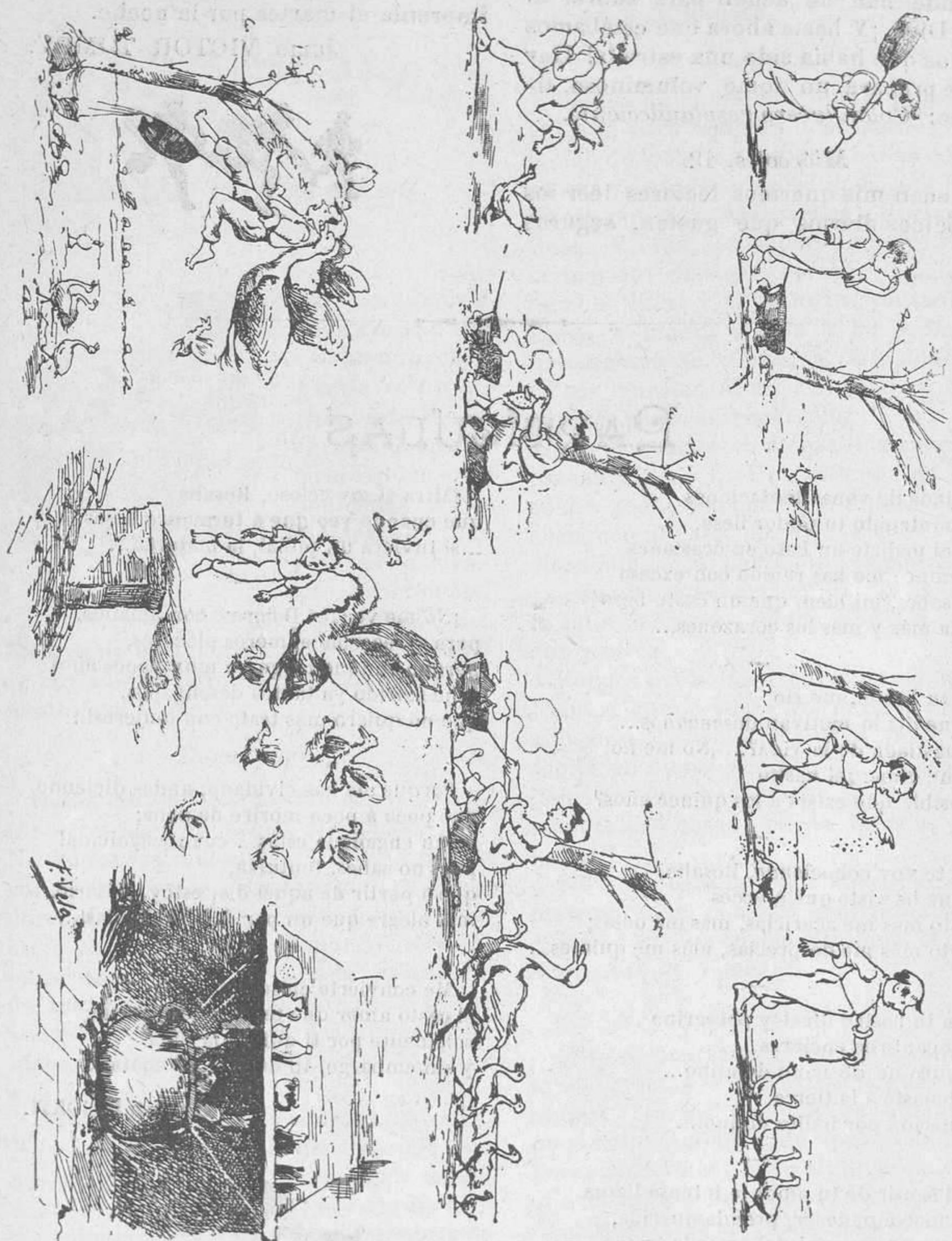
Porque me has olvidado, andas diciendo
que poco á poco moriré de pena;
¡cuán engañada estás... cuán engañada!
pues no sabes, tontuela,
que á partir de aquel día, estoy, Rosario,
más alegre que un par de castañuelas!...

Me convierte en suicida
el casto amor que te profeso, ingrata;
solamente por tí quiero la vida,
y sin embargo, tu desden me mata!...

ABRAHAM LIMORTI.



DONDE LAS DAN LAS TOMAN, por Vela



¡Vamos à cuentas!

Dime tú, gitanilla
¿por qué motivo
vas diciendo à las gentes
que no te quiero?
¿Por lo visto no sabes
que por tí vivo,
por tí, la más salada
del mundo entero?
¿Quién al ver ese cuerpo
no se recrea,
y al contemplar tu talle
que maravilla?
De mi boca se escapa
—¡Bendita sea!
¡Olé ya los andares
de mi chulilla!—
Es posible que dudes
de lo que digo
pero me vuelves loco
con tus facciones
Cuántas veces exclamo
—¡Yo te bendigo!—
¡como si yo entendiera

de bendiciones!
Mi entusiasmo, cualquiera
me lo adivina,
pues cuando voy contigo
voy orgulloso
porque sé que à la vuelta
de cada esquina
resulto el enemigo
del envidioso:
y te juro que e- cosa
que me enaltece
resultar envidiado
por tu persona:
mi buen gusto demuestro
pues me parece
no estoy enamorado
de una ingrata
No hay gracia cual la gracia
de tus andares
¿y à quién con esa gracia
no le mareas?
Hoy veces que me olvido
de mis pesares

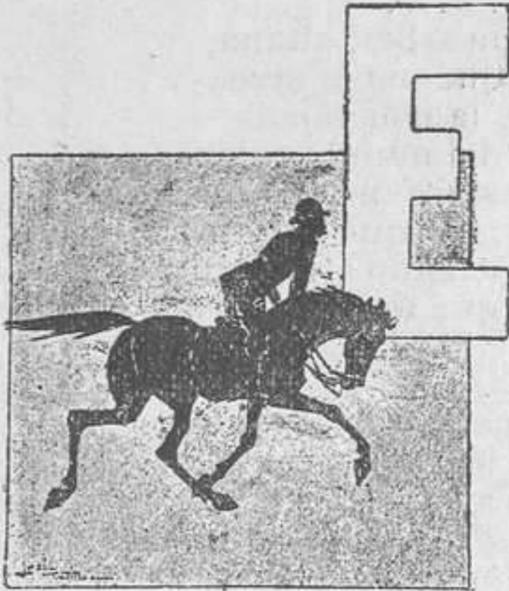
y siento unos mareos...
¡Bendita seas'
Ya que sabes, gitana,
que por tí vivo,
por tí la más salada
del mundo entero,
contesta francamente
¿por qué motivo
vas diciendo à las gentes
que no te quiero?
Tus palabras, chiquilla,
lo explican todo,
y la causa comprendo
de tu quebranto.
¿Que me case contigo?
¡De ningún modo!
Yo te quiero... te quiero...
¡pero no tanto!!

ALFREDO LÓPEZ ALVAREZ.



Algunos desairados en la batalla de flores, pensando con horror en los peligros que hubiera traído al ser una batalla de micos.

Aficiones musicales



En corto número de años ha crecido la afición musical en Madrid en proporciones alarmantes.

Las personas honradas y de bien apenas distinguían

una guitarra de un órgano.

No faltaba quien supusiera que «tenor» era una contracción de «tenedor», y cuando oía decir á cualquier sabio relativo:

—Fulano es tenor.

Preguntaba:

—¿Tenor de libros?

De «tenedor,» «teneor,» y de aquí á «tenor» por corruptela.

Esta era, para la mayoría de las gentes, la gradación etimológica de la palabra.

Y aun el tenor sagrado era más conocido que el profano.

Es decir: el tenor de iglesia.

¿Quién conocía á Chopín ni á Chapí?

Nadie.

Al primero porque no había pasado el Pirineo, aún no le habrían traducido; y al segundo porque no había dado las primeras muestras de su genio musical.

—¿Quién elogiaba al maestro Marqués? Nadie había oído hablar más que del Marqués de Perales ó del Marqués de Gaviria, y de éste por la ganadería.

Los relojes con música y figuras móviles con que embellecían sus dueños algunos establecimientos, cautivaban la atención general.

La sinfonía *La Mutta di Pórtici*, con muñecos movilizados, labraba (como di-

cen algunos literatos en yunta) la felicidad del público madrileño.

Las delicadas notas, arrancadas por mano de barbero á la vihuela de sus mayores, llamaban á las vecinas como notas angelicales.

En las ventanas y balcones de la vecindad aparecían multitud de cabezas.

Enfrente de la puerta de la barbería se detenían los transeuntes.

La *Marcha de Luis XVI*, con imitaciones de trompetas y tambores: la de éstos golpeando con los dedos en el vientre de la guitarra, y después el ruido de los disparos, figurando el *fusilamiento* del infortunado monarca...

Y las voces de la muchedumbre, y los ladridos de los perros de la época...

Aquello era una delicia: en cualquier reunión donde había un tocador de los que hacían hablar á la guitarra, aunque le hicieran hablar mal, se pasaban las horas sin sentir.

Es decir: sintiendo demasiado.

Como que oyendo la *Atala*, supongamos, se veía toda la descripción é historia del desierto.

¿Y la jota *pespunteada*?

¿Y aquellas trovas tiernísimas, con letra y música de chicos sangradores anónimos y genios latentes?

Las arpas eólicas de los jóvenes proscritos saboyanos y piemonteses, y tal cual organillo con figuras de movimiento, embellecían la existencia y deleitaban los sentidos de oído y de la vista de las personas distinguidas en su esfera.

El teatro de la Zarzuela fué un adelanto gigantesco.

Aquel *Capitán Alegria*, aquel *Viejo Pastor*, aquellas *Catalinas* y aquel *Leguito del convento*, produjeron verdaderas revoluciones en el espíritu infantil de la época.

¿Pianos? ¿Quién sino familias «muy pudientes» había de soportar los gastos de piano y pianista?

Se consideraba tan costoso como mantener caballo y darle educación.

Solamente en las casas donde podían

Lo que piensa él



—Ahora se extremece. ¡Claro! Se ha enamorado de mí. Siempre que estreno ropa armo una revolución.

Lo que dice ella



—¿Pero no le dicen nada estos ojos? Ese hombre debe ser de acero.

gastar mona ó criada negra y loro; vamos, en casas ricas, era donde podían aventurarse á tantos despilfarros.

Las señoritas hijas de familias de la Edad Media, ó de la clase media, no practicaban sino en el Conservatorio de música y declamación del Reino.

Cuando más, ejercitaban los dedos las que iban para pianistas, redoblando en una mesa como acompañamiento de sus escalas y ejercicios vocales.

Pero hoy es otra cosa. Donde menos se piensa, como dice el refrán respecto á los conejos, salta un piano.

Apenas hay casa sin *desgarra-teclas*.

Porque si todas y todos los que tocan fueran profesores, ó siquiera tuviesen oídos, podríamos sufrirlos con paciencia.

Pero no.

Hay pianistas por vicio feo, como pu-

dieran verse dominados por otro cualquiera.

En París ha resuelto el municipio acudir al socorro de las familias y de los individuos sueltos, víctimas de los ensayos de piano.

Conciliando lo útil con lo desagradable, impone una contribución el mencionado municipio á los ejecutores en piano.

Esto en Madrid equivaldría á *despianizarnos*.

Sería una solución pacífica.

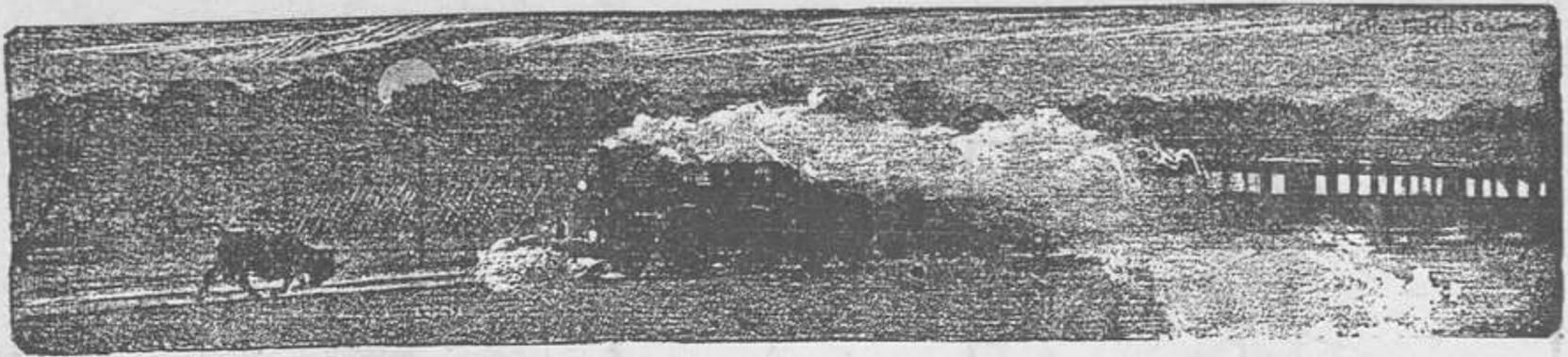
¿Y los organillos?

¿Qué haríamos con los organillos ambulantes?

Un ejemplar escarmiento, señor de Gobernador.

Se lo pedimos con mucha necesidad los vecinos honrados.

EDUARDO DE PALACIO.



Amor de ferro-carril

Será un antojo pueril,
mas pienso, bella Dolores,
que fueron nuestros amores
amor de *ferrocarril*.

Y no es que pretenda ahora
mostrar que los tuve en poco;
ya sabes que yo era *loco*
y tú fuiste la *motora*.

Derrochar mis pocos bienes
siendo sin duda tu norte,
dimos asombro en la Corte
arrastrando ricos *trenes*.

Y ¡ay de mí! mientras decías
que tanto y tanto me amabas,
sospecho que me mirabas
como un *tren de mercancías*.

Por tan rápida pendiente
loco me dejé llevar,
pero llegaste á notar
que era aquel *tren descendente*.

Y con sin igual falsía,
viendo mi bolsa esquilmada,
como quien no dice nada

fuiste *cambiando de vía*.

Entonces, ¡válgame Cristo!
ví con pena en dos por tres
que lo que era un *tren expres*
se transformó en un *tren mixto*.

Y temí ver á la larga,
por tus caprichos ligeros,
hacerte *tren de viajeros*,
hacerme á mí *tren de carga*.

Mas llegó el feliz momento
en que, cansados los dos,
por obra y gracia de Dios
hubo un *descarrilamiento*.

Y esta fué la suerte mía,
que en el negocio por diestro,
á la raíz del *sinistro*,
liquidó la *compañía*.

Ya ves que no soy sutil,
diciendo, bella Dolores,
que fueron nuestros amores
amor de *ferrocarril*.

AUGUSTO ANGUITA.

Soneto.

En el espeso robledal umbrío,
cuando la noche su crespón extiende,
misterioso rumor los aires hiende
con fatídico son y eco sombrío.

Cantos extraños; roco vocerío;
palabras que el oído no comprende;
ruido confuso que en el alma enciende
la ilusión, el pavor, el desvarío.

Carcajadas que cortan un lamento
y lamentos que nacen en la orgía,
como sombra que cruza el pensamiento.

Confusión, laberinto, algarabía,
que al chocar de las hojas con el viento
producen del misterio la armonía.

S. ORTIZ VILLAJOS.

¡Peor que impura!

Aunque no es agraciada tu figura
ni tu rostro dechado de belleza,
como blasonas tanto de pureza,
te mira el mundo hermosa, por ser pura.

Acusando de ingrata á la natura
que suprimió en tu cuerpo gentileza,
todo el que ve en tu honestidad grandeza,
dice que está en el alma tu hermosura.

Virginidad cual esa, la abomino
aunque tengas el alma tan hermosa
que formule el encanto de tu vida;
y aunque juzguen tu honor cual don divino.
¡mejor prefiero á tu honradez for zosa,
risa forzada de mujer perdida!

FRANCISCO DE LA ESCALERA.

Metáforas familiares

Por ser de talle agraciado
y encerrar en sí primores,
siempre á Consuelo han tomado
por modelo los pintores.
Y aunque no hay quien garantice
la conducta de Consuelo,
hay sin embargo quien dice
que es una mujer modelo.

Mucho Peña á Aurora adora;
mas la joven le desdeña,
y por eso oí que Aurora
tiene el corazón de Peña.

Cerca de Villamayor
este letrero he leído:
«Trabillo, el sastre mejor
de cuantos se han conocido».
Y el demostrar que su ropa
tiene fama, es muy sencillo,
que en todas partes de Europa
hay quien viste de trapillo.

La muy solícita Luz
tanto á su esposo cuidó,
y por salud su miró
con tanta solicitud,
que hastiado al fin enfermó.
Y ella con pena y dolor,
temiendo al fin por su estado,
hizo llamar al doctor
que le dijo:

—Este señor
está enfermo de cuidado.

En la calle del Batán,
anteayer en pleno día,
una barbiana reñía
á su adorado galán.
Y un sereno que pasaba,
viendo al joven muy risueño,
exclamó frunciendo el ceño:
—Si otro él fuera la cascaba;
bien se vé que es un bendito.
Mas la chula que le oyó:
—Usted calle,—contestó,—
que V. aquí no toca pito.

ENRIQUE CARRERA.



Castañas



ENRIQUE de P... tenía tan mala reputación entre los hombres, como partido entre las mujeres.

Era natural.

La preferencia con que el bello sexo *disponible, en operaciones ó de reemplazo*, distingue á un hombre, engendra la envidia de los

demás.

Y la envidia, lejos de tribuir elogios, propala injurias ó difunde las verdades que puedan molestar á los individuos que son objeto de ellos.

Enrique era jugador, mujeriego, amante de la orgía, y dilapidador de su fortuna.

Debía dinero á casi todos sus compañeros de tapete; en todas las joyerías, en todos los *restaurants* de buen tono y á tres cuartas partes de los usureros de Madrid.

Es decir, debía dinero á todo el mundo. Poseía una buena condición.

Cuando la ruleta ó el *baccarat* le ofrecía una racha favorable—lo cual significaba un ingreso de gran cuantía, porque Enrique jugaba fuerte—pagaba á todo el mundo, incluso el sastre.

Esta circunstancia le daba, entre sus mismos detractores, cierta opinión de honradez, porque en los tiempos que alcanzamos, pagar al sastre es el colmo de la moralidad.

Enrique era guapo, buen mozo, muy elegante y tenía *una saliva* de primer orden.

Dicho esto, huelga consignar que le adoraban las mujeres.

Porque estas señoras, hablando en general, menos se ocupan de las prendas

generales de los hombres, que de su estética.

El bello sexo veía en Enrique un dechado de hermosura varonil, y nada más.

Era Enrique hijo de un banquero de gran crédito en las plazas nacionales y extranjeras.

El crédito del padre no aumentaba el del hijo, perdido ya á consecuencia de varias fechorías.

La firma del hijo no levantaba en Madrid cien pesetas; pero sus caricias abrían más de una gaveta femenina.

Cuando se veía apurado y próximo á naufragar, el amor era su tabla de salvación.

Frecuentaba Enrique los salones más distinguidos de Madrid.

No se le podían cerrar justificadamente. Todo el mundo suponía á Enrique capaz de hacer una acción fea, á trueque de tener dinero; pero nadie podía asegurar que la hubiera hecho.

Presentóse una noche Enrique en el baile de la condesa de...

Más que de una gran recepción, tratábase de un *intimo quedarse en casa*, pero hecho á la manera espléndida del gran mundo.

A las tres de la mañana se había cenado opíparamente.

El *baccarat*, empezado antes de la cena, seguía fuerte después de ella.

Los vapores del Champagne disminuían el valor del dinero; el tapete estaba lleno de oro y billetes de banco, que tan pronto ocupaban este como el otro punto de la mesa.

Enrique había perdido hasta la última peseta.

En vano pedía dinero: nadie se lo prestaba.

Devorábale la sed del oro.

Con el mal humor consiguiente á pérdidas considerables, paseaba Enrique por un salón dando el brazo á la condesa.

Notó que el conde lo miraba con impertinente insistencia, rodeado de un grupo de amigos de Enrique.

—¿Qué pasa, señor conde?

—Algo muy grave,—respondió éste. En una casa tan honrada como la mía, acaba de cometerse un robo.

—Lo siento,—repuso Enrique fríamente.

—Al general G... le ha sido robada una cartera que contenía 20.000 pesetas.

—¿Algún criado?

—No; las gentes de mi casa son fieles y honradas.

—¿Sospecha usted de alguien?

—De nadie concretamente; pero como á los séres honrados no les duelen prendas, hernos resuelto *todos*... ¿lo oye usted bien? *todos*... dejarnos registrar.

La condesa dejó temblando el brazo de Enrique.

—A usted le toca el turno.

Y el conde y sus amigos se adelantaron hacia Enrique, que dijo lleno de arrogancia:

—Al que avance un paso más, le meto una bala en el corazón á la hora que guste y donde quiera.

—¿No se deja registrar? Este es el ladrón, pensaron todos.

Todas las apariencias acusaban á Enrique.

—Quien teme, algo debe,—añadió el conde.

—El que se deja registrar es un canalla...

—Yo,—siguió diciendo el conde,—veo en usted indicios acusadores.

—¿En mí? respondió Enrique lleno de indignación. ¿Quién...?

—El frac oculta mejor los objetos de bulto en los bolsillos de los faldones que en el pecho.

—¿Y qué?—dijo Enrique descaradamente.

—La cartera del general es muy grande, muy grande, y...

En este momento entró un criado en el salón.

—Señor,—dijo á su amo;—la cartera con el dinero ha parecido. Estaba detrás de una silla de la...

Enrique fuése hacia el conde, que mudamente le pedía perdón.

—He aquí el motivo del bulto del faldón de mi frac, dijo Enrique.

Y enseñó una caja de medio kilo de... *Marrons glacés*.

—La he tomado del comedor para llevársela á mi madre.

Este dulce es su delirio.

Huelgan los comentarios.

RAFAEL MARÍA LIERN.

ENTRE VECINOS

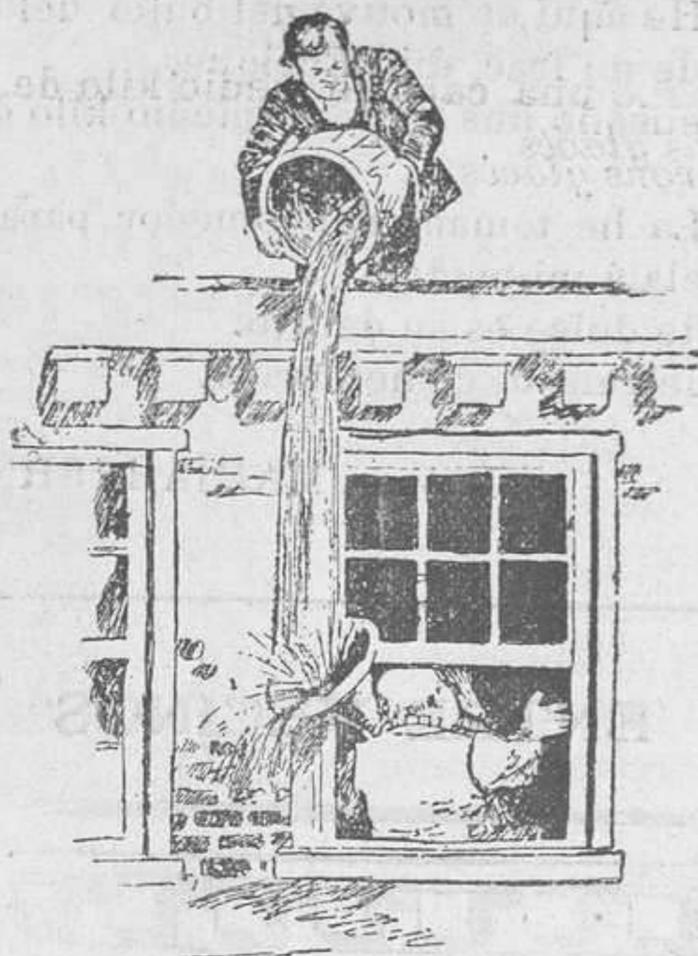


1.—Uno de los socios de la *Unión melodiosa de Navatordillo* se prepara convenientemente para asistir al certamen de bandas.



2.—Lo cual que no es muy del agrado de su vecino, joven enamorado á quien aquel ruido turba los pensamientos.

Dos cartas



3.—Por lo que se dispone á tomar venganza
fiera.



4.—Haciendo tragar enorme cantidad de
agua al desdichado músico que no sale de su
admiración viendo que llueve cuando más
fuertes son los rayos solares.

Sra. D.^a Asunción

Zabaleta de Rincón

Muy Sra... de su esposo:

Aprovecho muy gustoso
esta feliz ocasión,

en que estoy algo inspirado
y un tanto desocupado,
para decirle en quintillas
que corren ciertas hablillas
que me traen desesperado.

Andan diciendo que usted
se la pega á su marido;
si esto es cierto no lo sé
pero lo que sí sé es que
no soy yo el favorecido;

Mas sin embargo la gente
con cinismo impertinente
me señala como amante
de usted y esto, francamente,
me pone de mal talante.

Si todo ello verdad fuera
(cosa que, señora mía,
mucho me complacería),
lo que la gente dijera
nada se me importaría.

Pero que den en decir
que soy amante de usted
sin que lo sea, esto á fe
no lo debo consentir
y no lo consentiré.

Porque por desdicha mía
mi prometida ha sabido
lo que de mí se decía,
y ahora ya no pasa día
sin que me suelte un bufido.

Además yo soy formal,
y como es muy natural
la mentira en mí no ajusta;
decir la verdad me gusta,
sea en mi bien ó en mi mal.

Así que desesperado,
con afán he procurado
dar solución á este asunto...
y oiga usted punto por punto
lo que sobre él he pensado:

Aunque somos inocentes,
hacer callar á las gentes
no es facil de conseguir,
pues cuando dan en decir
son muy poco transigentes.

Por tanto, soy de opinión
que ante tanta sinrazón

lo que debemos hacer
es que verdad llegue á ser
lo que ahora es figuración.
Pues de uno ú otro modo
nos criticarán igual.

Besa á usted los pies

Luis Real.

Su casa calle del Codo
número 6, principal.

Sr. D. Luis Real.

Mi esposo

es un vejete asqueroso,
déspota, avaro, gruñón,
flaco, feo, frío y soso,
y nada más....

Asunción.

Por la copia,

VALENTÍN MOURO.

A cierto juez de Galicia,
se le escapó su mujer.
Esta señora, á mi ver,
va huyendo de la justicia.

ZEDA.

Toda la comitiva de una boda se halla
reunida en la iglesia. Tan sólo falta el
novio. Al fin llega éste con bastante re-
traso.

Es un hombre de setenta años.

—Otra vez,—le dice el sacerdote,—pro-
cure V. venir antes.

¡Ay, Dios! soy un asesino,
porque he quemado tus cartas
y en todas ellas decías
que el corazón me enviabas.

M. MATESANZ.

Picadillo.

Leo en el periódico portugués «O Pri-
meiro de Janeiro»:

«El distinguido poeta Manuel da Silva
Gaio va á contraer matrimonio con la
Srta. Gertrudis María Cabral, Gordilho
d'Oliveira, Miranda de Castro da Fonse-
ca é Sousa.»

Vamos, que el Sr. da Silva se casa con
toda una generación

¡Y aún habrá quien opine en Portugal
que es un crimen atroz la poligamia...

Pérez se halla en el lecho sufriendo
agudos dolores.

El criado penetra en la estancia.

—Los médicos,—anuncia.

—Díles,—contesta Pérez con tono las-
timoso,—que estoy bastante delicado y no
puedo recibirlos.

—Estoy en la agonía—decía un mari-
do á su esposa. Concédeme un favor que
te agradeceré mucho.

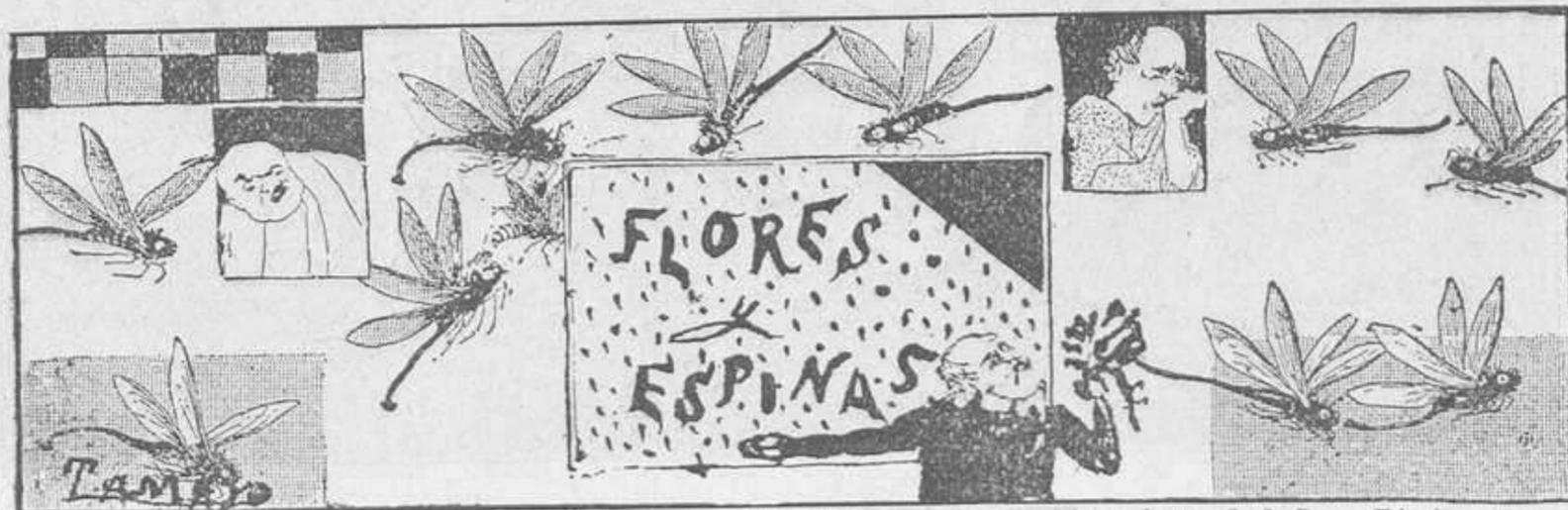
—¿Qué quieres?

—Que me seas fiel hasta la muerte.

—Pero...

—Te lo ruego.

—¿Y si tardases á morir mucho rato?



Mil pesetas al que presente Píldoras de Sándalo mejores que las del Dr. Pizá, para la
curación de todas las enfermedades de las vías urinarias.

Por exceso de original no nos es posible publicar hoy esta sección.

BARCELONA—Imp. de El Día de Moda.—Aribau, 13.

GALERÍA ARTÍSTICA DE EL DÍA DE MODA



EL OTONO (alegoría)
(Cuadro de Comerre)